



¡Y pensar que esto es la tumba de aquello!

15 Cént.

y Pellizcos

El espadón

Gil Blas de Santillana concluye así: «Ahora tengo dos niños de los cuales creo, piadosamente, ser padre».

Y produce risa y pesadumbre ver cómo el protagonista del libro inmortal de Le Sage, aquel nombre tan vivido, tan experto y tan agudo conocedor de hombres, tan hecho á sorprender la mentira de lo más evidente y notorio, llega, con la vejez, á dudar de todo... ¡de todo!... hasta de la legitimidad de sus hijos.

Y lo dice en el penúltimo renglón de su historia inimitable, deslizándose suavemente, entre dos comas, la vacilación más terrible que le sugiere una experiencia demasiado larga.

Mi viejo amigo X. tiene la misma compleción artística de Gil Blas: fué pobre y ahora es rico, sirvió como grumete en un bergatín mercante que hacía la travesía de Canarias á Buenos Aires y Méjico y yoganó es banquero influente: siendo hijo de nobles, por razones que no son del caso de referir, se vió lanzado al arroyo desde muy niño y forzado á luchar brazo á brazo con la vida: su espíritu, pues, ha sufrido los vaivenes más contradictorios, las pruebas más duras, y estos saltos icarios de fortuna endurecieron su voluntad. Quien antes servía, ahora, no bien le duele la cabeza, tiene esposa que le cuide é hijos que vayan á preguntarle por la mañana.

—«Padre, como has dormido?»

Acabo de visitar el castillo que X. tiene al noroeste del Escorial, cerca ya de Avila. Es un viejo edificio de aspecto señorial construído en la entraña de un bosque secular, sobre la cresta de un cerro.

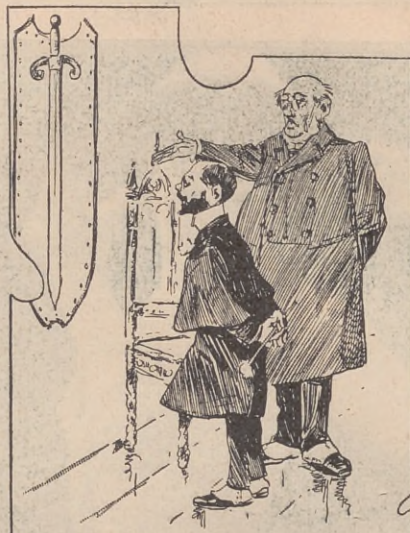
Lo componen dos cuerpos separados por un vasto patio que más de una vez sirvió de teatro á los brillantes torneos de los tiempos medioevales y que ahora sólo sirve para dejar las carretas que vuelven del trabajo con sus grandes ruedas manchadas de barro: los altos paredones del castillo están aspilleros; sobre la puerta de entrada se ven un escudo y una fecha: 1322... La armería es vasto salón sobre el cual vierten su luz tres altos ventanales y por el cual las gallinas voraces corretean picoteando las hierbas que crecen entre las losas mal unidas del pavimento.

Allí guarda X. restos de armaduras, cascos, arcabuces, cimitarras tunecinas, lanzones, mazas y otros objetos ligados, algunos de ellos, á gloriosas y por todo extremo memorables hazañas: allí vi la silla que uno de los primeros tataradeudos de mi amigo llevó á la batalla del Salado, y la espada que cortó á cercén la cabeza del moro que dejó manco á Cervantes...

—«Pero, es cierto?...» exclamé maravillado.

—Eso decían mi padre y mi abuelo—repuso X.

Y sonreía con una expresión distraída de hom-



bre que no cree nada y halla en todo asunto de distracción y pasatiempo. Luego se detuvo ante un viejo espadón de dos filos.

—Un amuleto—dijo gravemente;—el amuleto que defiende y asegura la virtud de todas las mujeres de mi raza.

—¡Es curioso!...

—¡Mucho!... Mientras la leyenda de este milagroso espadón se conserve, ninguna de ellas será liviana ni tendrá para con nadie complacencias de que pueda sonrojarse.

—Allá por los años de 1400—prosiguió X.—un ascendiente mío llamado don Alonso, tuvo que acompañar á su rey don Enrique III *el Doliente*, á una excursión que este preparaba á tierra de moros. Don Alonso, que era hombre sesentón, había casado poco antes con doña Elvira, que gozó en Avila, su ciudad natal, merecido renombre de moza y de bonita, y temiendo

juiciosamente que el atrevimiento de algún galán ó la amorosa compleción de doña Elvira abrieran al deshonor las puertas de este alcázar, dejó á la linda castellana bajo el cuidado del arquero Germán Ledesma, en cuyo heroísmo y honradez tenía gran confianza.

La noche del mismo día en que don Alonso salió del castillo, doña Elvira llamó á Germán.

—«¿Qué manda mi señora?»—preguntó el soldado.

—Tengo miedo, Germán—repuso doña Elvira—y deseo que pases la noche aquí, en mi cuarto.

—Duerma usted tranquila—dijo Ledesma;—los cincuenta hombres que mi señor don Alonso dejó aquí para defensa del castillo, son de confianza, y yo solo valgo por diez...

Ella le miraba complacida, hallándole fuerte y guapo. Al fin doña Elvira se metió entre sábanas y el arquero pasó la noche sentado delante de la puerta, con su espada desnuda sobre sus rodillas. A la noche siguiente, con la obscuridad, los temores de la hermosa castellana aumentaron.

—«¿Dónde estás, Germán?»—preguntó.

—Aquí, señora.

—Acércate, ven á milado... tengo miedo.

El soldado obedeció, sentándose al borde del lecho.

—No—añadió doña Elvira,—acuéstate.

—Pero...

—«Nada, acuéstate, yo te lo mandé...»

—Sea—replicó el arquero deslizándose bajo los cobertores,—pero, juro á Dios—agregó colocando este espadón de dos filos que ve usted aquí,—que si piensa usted

obligarme á hacer traición á mi señor don Alonso, he de cortarle á usted el cuello... Y no pasó nada.

—Desde entonces, año de 1401—concluyó diciendo X.—todas las mujeres de mi familia sienten hacia nosotros invencible desprecio. Para ellas los hombres son animales egoístas y fríos, indignos de merecer favores...

DON LUIS





As fiestas del centenario traen soliviantada á la gente. Los madrileños esperan que media España se traslade á Madrid y que ingresen en las arcas del comercio miles y miles de duros. Quiera el cielo que así sea; pero por ahora sólo contamos como huéspedes seguros á los orfeonistas sonoros, los cuales son personas de poco comer, y en su mayoría casados. Esto último entristece á las jóvenes madrileñas. Cuando las funciones inolvidables de la coronación, vinieron á Madrid gran número de solteros, muchos de los cuales quedaron presos en las redes del matrimonio.

Ahí están, sin ir más lejos, la de Vázquez, que se casó con un farmacéutico de Villamelones; la de Pérez que atrajo á un perfumista francés, y la de Rodríguez, hoy esposa de un notario de la provincia de Teruel.

Cito solamente los casos que conozco; pero me consta que las fiestas de la coronación produjeron otras muchas bodas, y diez ó doce raptos amorosos. Por aquel entonces la estación estaba mucho más avanzada,

hacia mucho calor y la sangre bullía en las venas de las señoritas cortesanas. Llegaron los forasteros y hubo la correspondiente explosión amorosa.

—Te amo, forastero desconocido—dijeron ellas. — Condúceme al altar.

—¡Imposible!—contestaron ellos.—¿Quieres que te rapte?

—¡Sea!

Y se dejaron raptar algunas.

Yo no sé lo que podrá pasar con esto del centenario; pero no creo que los chicos de provincias que vengan ahora á Madrid traigan las intenciones pecaminosas de aquellos otros. Aquellos eran, en su mayoría, unos calaveras empedernidos.

Dígalo, sinó, doña Genara, la viuda de Falderillo, que tuvo la mala ocurrencia de admitir huéspedes en su casa y recibió, entre otros, á un joven cacereño, rubio, con ojos azules, que olía á aceite de Macasar y desde el primer día comenzó á dirigir galanteos á la viuda.

Ella le dijo:

—Dispense usted que no dé oídos á sus palabras seductoras, pero me propongo respetar la memoria de mi difunto, que era un angel.

Melitoncita—repuso el muy pícaro.— Ahogue usted esos tristes recuerdos y áme-me usted.

Tanto insistió el tunante, que Melitona dejóse caer una tarde en sus brazos... y luego resultó que el joven se fué á su país sin pagar el pupilaje y que tenía una erupción cutánea de las que se pegan.



De esta vez también hay viudas que admiten huéspedes, creyendo que no van á ser bastantes las fondas para contener á los expedicionarios. Los periódicos publican anuncios del tenor siguiente:

«Una señora sola, en extremo aseada, admite un caballero con motivo de las fiestas del centenario para vivir en familia. Trato cariñoso.»

«Familia distinguida, que ocupó excelente posición, cede alcoba á forastero de buenos antecedentes que no tenga ninguna enfermedad contagiosa ni toque ningún instrumento. Será preferido un viudo.»

Cuando lo de la coronación, un matrimonio muy decente de esta corte admitió en su casa á cierto inglés respetable, que venia aquí representando varias academias científicas de Londres y usaba unas barbas venerabilísimas. Pertenecía á la sociedad de Templanza y ostentaba entre sus títulos el de la más severa moralidad.

El primer día se limitó á hacer una reverencia á la señora de la casa sin fijar, al parecer, la atención en sus encantos físicos; el segundo día ya se permitió decirla en el pasillo:

— ¡Ole las mujeres grasiosas! —y al tercero, mientras, la señora cosía en el gabinete, se le presentó el inglés en calzoncillos, diciéndola:

— *Mi querer darle un disgusto á su marrido. Viva tu gracia morrena.*

Asustóse la señora y quiso pedir socorro; pero el inglés se retiró tranquilamente á su cuarto y todo quedó como estaba.

Entretanto, el esposo, ignorante de lo ocurrido en su hogar, decía en el café:

— ¡Oh, qué hombres tan serios son los ingleses! Tengo uno en mi casa, que asombra por su respetabilidad. ¡Qué corrección la suya! ¡Qué costumbres más severas!...

Y aquella noche, cuando el matrimonio dormía dulcemente, vióse de pronto sorprendido por grandes voces procedentes del cuarto de la criada.

— ¿Has oído, Filomena? —dijo el esposo á la esposa.

— Sí, parece que gritan — contestó ésta saltando del lecho.

En aquel instante presentábase en la alcoba la criada, mal cubierta por un refajo.

— ¿Qué sucede? —preguntó la señora.

— ¡El inglés, el inglés! —dijo la chica tratando de esconderse.

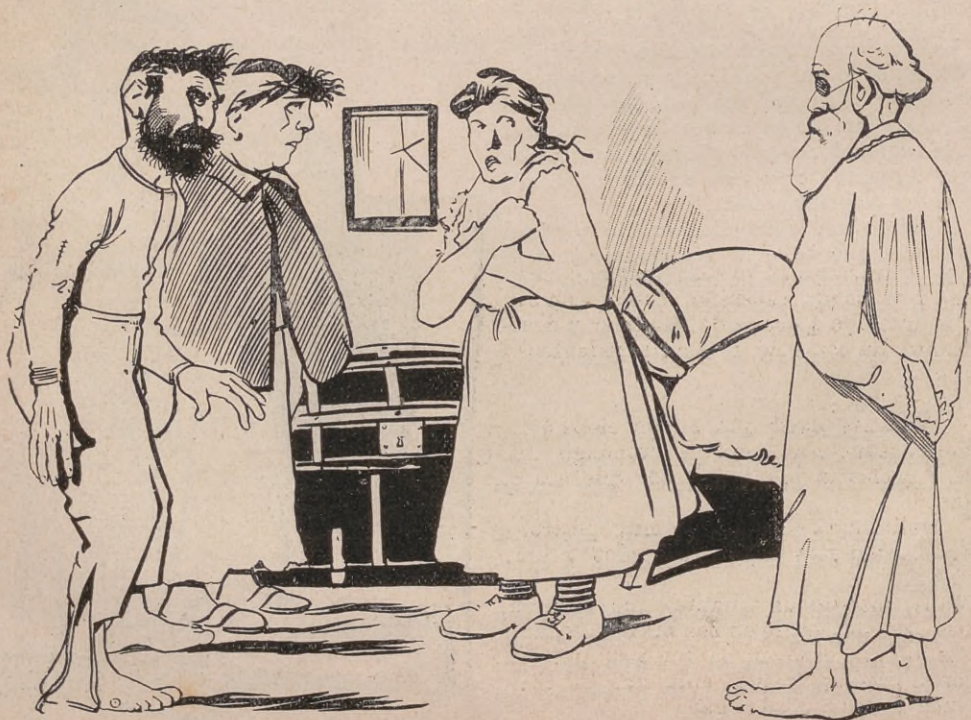
— ¿Pero qué ha hecho?

— Hasta ahora nada; pero fué porque yo no he querido...

Hay que andarse con mucho ojo con los forasteros.

LUIS TABOADA

Ilustraciones de Karikato



OVERLINDA

Yo había hablado con la Overlinda algunas veces sin saber que era ella; y en diferentes ocasiones, conversando con los amigos de estas *Estrellas*, que unas veces alumbran y otras oscurecen el cielo de nuestra misera existencia, con sus piruetas intencionadas, sus canciones picarescas y sus mohines infantiles, no exentos nunca de refinada y perversa coquetería, yo había manifestado mis simpatías por una muy hermosa y muy modesta, muy graciosa y muy española, de agradable y sincera conversación, modales reposados y discretos, cara redonda y ojos vivos, cuerpo bien modelado y carnes duras, sonrosadas y exhuberantes, que cantaba y bailaba con mucho gusto, que era una verdadera artista, y no obstante estas condiciones superlativas no brillaba con fulgor radiante y su nombre no era conocido...

—¿No te refieres á aquella que está allá, á la derecha, sentada en un diván, leyendo?

—me dijo uno de mis amigos.

—Sí aquella es, en efecto.

—¡Pero si es la Overlinda!—me dijo otro.

Miré hacia el sitio indicado, y efectivamente, era ella.

La orquesta comenzó á preludiar los primeros compases de un tango *furibundo*; salió á escena una andaluza muy gitana marcándose, con la intención de un Miura, todas sus soberbias redondeces, y yo, aprovechando la distracción de mis amigos, que se comían á la dislocante *bailaora* con los ojos, me levanté y fui á saludar á la Overlinda.

—¡Creí que se había usted olvidado de esta pobre pecadora!—me dijo estrechando mi mano y sonriéndome con un delicioso gesto de resignación.

—Al contrario; precisamente he estado hablando de usted un rato muy largo...

—¿De mí? ¿Pero hay quien se acuerde de mí?

—¡Ya lo creo! ¡y mucho! Por cierto que hasta hoy no la había *descubierto* á usted.

—No es á usted al primero que le ocurre eso: hay muchos que me tratan y no saben mi nombre de batalla.

Enmudecimos los dos durante un rato. Ella dobló con mucho cuidado la página del libro que leía y lo dejó sobre el tablero de mármol, mirándome fijamente, como si quisiera decirme algo interesante.

—¿En qué piensa usted?—me preguntó.

—Pienso en que tendría mucho gusto que me contase usted su historia.

—¡Mi historia! Tiene poco de particular; pero si usted se empeña...

Nos acercamos el uno al otro como obedeciendo á un solo pensamiento, y Overlinda empezó:

—Nací en Madrid; siendo bastante joven todavía, seducida por el oropel del escenario me lancé á esta vida agitada de las artistas de Café-Concert, debutando en la Corte.

El público me recibió con muchos aplausos, me prodigó sus mimos y sus favores, y yo, impelida por esa aureola de gloria que se cierne sobre la cabecita loca de todas las mujeres de alma bohemia, fui de escenario en escenario, haciendo piruetas, cantando trinos, enseñando ciertas cosas con la mayor naturalidad del mundo. Pero créame usted, mi pasión más grande, lo único que me hace feliz, es la lectura de novelas y versos... Yo no me acuesto nunca sin haber leído una docena de páginas, por lo menos... Ahí tiene usted mi historia.

—Pero... ¿y la otra, la historia íntima, la del corazón?

—Esas historias se cuentan sólo en los momentos solemnes. Ya buscaremos uno de esos momentos, y le haré una confesión general...





Todo canta; el ambiente se perfuma
y cruza, sideral, mágica, bella,
la visión de los sueños, la doncella
tan blanca como el mármol y la espuma.

La sombra de la tarde, en que se esfuma
la tierra toda, huye ante su huella,
que parece, gentil, brillante estrella
que surge esplendorosa de la bruma.

Es astro y lira. Brotan á su paso
dulces ritmos y extrañas claridades;
el rumor suave del flexible raso.

Subyuga cual la música de Orfeo,
y del alma en las negras soledades
aletean los cisnes del deseo.

CÁRLOS ORTIZ

CONJUNCION

Sahumáronte los pétalos de acacia
que para adorno de tu frente arranco,
y tu nervioso zapatito blanco
llenó toda la tarde con su gracia.

Abrióse con erótica eficacia
tu enagua de suráh, y el viejo banco
sintió gemir bajo su activo flanco
el vigor de mi torva aristocracia.

Una resurrección de primaveras
llenó la tarde gris; y en tus ojeras
que avivó la caricia fatigada,
vi dibujarse en curvatura fina
las alas de una leve golondrina
suspensa en la ilusión de tu mirada.

LEOPOLDO LUGONES

A UNA MUJER

Te ví; y el alma se ufana
En ilusión venturosa,
Porque eres, rosa temprana,
La trigueña más hermosa
De esta tierra americana.

Pasas, y parias te rindo:
Que tu talle me parece
Por lo flexible y lo lindo,
Pimpollo de tamarindo
Que el aura besando mece.

Son tus formas viginales
De atractivo singular
Y contornos celestiales,
Con más gracias y más sales
Que las aguas de la mar.

En tus ojos, del candor
Tiembla la luz vaga, incierta;
Y tu boca, urna de olor,

Parece rosa entreabierta
Por los dedos del amor.

Tú con tus acentos suaves
Enciendes castos amores
Aliviando penas graves,
Pues cantas como las aves,
Perfumas como las flores.

Feliz el que á tu sien ciña
De amor la blanca corona;
Porque tú eres dulce ¡oh niña!
Como la miel de la piña
Y el azúcar de la anona.

¡Adiós! Parto á otra región
En pos de triunfos y gloria;
Mas llevo, cual rico don,
«Tu recuerdo en la memoria,
Tu nombre en mi corazón.»

JOAQUÍN J. PALMA

EN EL MERCADO



—¿No quieres, muchacha?

—Ya llevo.



¿Rubia ó morena?

La hermosa Blanca de M. conocidísima *estrella*, aplaudida coupletista y bellísima morena, acaba de ser vencida en una extraña contienda.

A la heroína de mi cuento se le puso en la cabeza afirmar rotundamente, y en cuanta ocasión tuviera, la indiscutible ventaja que en cuestiones de belleza obtienen sobre las rubias las que ostentan (como ella) no está demás el paréntesis, cutis moreno y de seda. Por esto, hace algunos días, para probar la certeza y verdad incontestable de su afirmación soberbia,

se propuso, como la más incontestable prueba, arrebatarse á la rubia y también hermosa Elena de D. el riquísimo amante que hacetiempo explota ésta, joven, riquísimo, espléndido y perito en la materia.

Con este fin, celebróse toda una partida en regla, en la que hacían de naipes las dos deliciosas hembras, de banquero el joven dicho y su dictámen de puesta. El juego era, con muy poca variación, una ruleta con los colores tan sólo de la rubia y la morena. Mas, ¡ay! que Blanca de M, á pesar de su belleza,

su convicción invencible y satánica soberbia, ha salido derrotada por la hermosísima Elena, rubia como las espigas, blanca como la azucena, de pupilas celestiales, de rojos labios de fresa, y, en fin, la acabada antítesis de la odalisca francesa que oyó con odio satánico pronunciarse la sentencia que á su rival comparaba con la antigua deidad griega Cypris, reina de las rubias y diosa de la belleza.

Ahora falta conocer el porvenir que le espera en el amor á la hermosa y derrotada morena.

Menú incitante.

Una de nuestras seductoras *desnudables* y de las que más caro se hacen pagar su culto á Venus, la deliciosa rubia Marta V... dió, el domingo último, una espléndida comida á sus íntimos, á la cual concurrieron lo más bello que cuenta el sacerdocio del amor y lo más alegre y distinguido de nuestra *creme masculina*.

En la exquisita tarjeta de los menús, rodeada de una artística y valiosa orla de oro cincelado, sonreía una pequeña fotografía que representaba á la dueña de la casa en traje de Eva.

Inútil es añadir que los invitados de la encantadora Marta se han llevado de esta comida un precioso y original recuerdo.

Lo más curioso del caso es que entre estos convidados se hallaba el joven Samuel X, hijo de un opulento burgués que se ha enriquecido explotando todos los pequeños y poco

limpios negocios realizados en estos últimos veinte años, y que, por esto mismo, y como le sucede siempre en casos idénticos, ha sido objeto de una frialdad abrumadoramente desdeñosa por parte de los demás comensales.

Pero, á lo que parece, el práctico joven, cuyo cutis no es de los más suaves que digamos, se ha consolado de ese desdén vendiendo á la mañana siguiente buen número de menús de los que hizo gran acopio.

Es lo que dirá él:

Dame pan y hazme desprecios.

O lo que es lo mismo:

Si el retrato de una mujer bonita, y que se vende, no es cotizable á su vez, ya no es su verdadero retrato.

Madame Gedeón.

Curiosísimo en extremo y prueba de candidez, es el hecho que refieren de la bella Fanny C... ocurrido hace ocho días:

Acababa de perder á su antiquísimo amigo, un viejo Matusalén que la honraba há largos años con paternal interés. Fanny, á quien se denomina siempre entre las *allongées* y *estrellas* de más renombre «bella Calínez», á fe que ha demostrado que es justo que tal apodo le den.

Como ya digo al principio, víctima de la vejez falleció hace pocos días su antiguo protector. Fué

al funeral, no sin pena como es fácil suponer, y al encontrarse entre el duelo en que iba toda la *creme*, al escuchar los sollozos que el dolor hizo romper, al admirar la lujosa colgadura en la pared, las innumerables flores esparcidas por doquier, los mil cirios repartidos con profusa esplendidez, el severo catafalco recubierto todo él de magníficas coronas que al rico Matusalén dedicaban sus amigos; de repente, Fanny B... dijo á una amiga en voz baja con ingénua candidez

que madame Gedeón la hubiera envidiado por mi fe:

—¡Ah, si hubiera visto esto mi pobre y viejo Robert!

¡Cómo hubiera disfrutado con loco entusiasmo, él, que no encontraba más dicha ni más contento, que ver magníficas ceremonias, al mirarse en ésta el rey de la fiesta! De seguro que llega hasta la embriaguez su delirante alegría.

Pero, en fin, ¡cómo ha de ser! hizo tanto en vida el muerto, el pobre Matusalén, que me acostumbro á la idea de pasarme bien sin él.

LOVELACE



Lección práctica

I



Ricardo Salazar es el actor predilecto de la aristocracia madrileña, sobre todo, del género débil. Joven, distinguido, arrogante y discreto como verdadero hombre de mundo, ha conseguido, más por su exquisita mundología que por su talento dramático, ser la envidia de los solteros, la desesperación de los casados y el terror de los padres de familia.

En Madrid no hay mujer elegante que no le distinga, le aprecie y hasta ponga en juego todos sus refinados artificios femeninos para hacerle caer en sus brazos, que le estrechan con pasión insaciable.

De Salazar se cuentan cosas estupendas, historias maravillosas, conquistas de mujeres, cuya rendición no había conseguido nadie en años enteros ni con ríos de oro ni cascadas de brillantes.

Después de la salida de los teatros, la gente conocida, los artistas, literatos, poetas y actrices, que á última hora se reúnen en Fornos, hacían de las aventuras de Ricardo la conversación obligada, conviniendo todos en que era

hombre de condiciones extraordinarias, y que, puesto que había nacido para triunfar justo era su triunfo.

Todas estas alabanzas, y otras que me dejó en el tintero, con harto dolor de mi alma, llegaron á oídos de Julia, la impresionable y espiritual marquesita de Ambos-Ríos.

La marquesita es una mujer idealmente hermosa; sus ojos son grandes y soñadores; pálido el color del rostro; abundante y sedosa la cabellera; rojos y lujuriantes los labios. Su cuerpo, delgado y ágil, tiene el rítmico movimiento de un suave balanceo de góndola.

Julia, que estaba bastante retraída, á consecuencia de su reciente divorcio, se prendió una noche de moda sus mejores y más arrebatantes galas y apareció en su palco, radiante de hermosura y ávida de curiosidad. ¿Sería realmente aquel Ricardo Salazar, un hombre tan irresistible? Se alzó el telón, y al aparecer en escena el aristocrático actor, Julia abrió desmesuradamente los ojos y quedó prendada de aquella figura arrogante, de aquella voz armoniosa, varonil y acariciadora.

Y al instante, su imaginación de poetisa concibió un plan para acercarse al actor, oír de cerca sus palabras, percibir el aliento de aquellos labios, que la marquesita ya creía sentir rozar sobre los suyos, modulando besos candentes.

Aquella noche, la marquesita trazó con mano nerviosa unos garabatos adorables sobre un billete perfumado de seda rosa, y se lo envió á Ricardo. Después se acostó. Y sola en su regia cama de palo santo, entre las finas y voluptuosas sábanas de Holanda, soñó que se había metido á cómica y que Ricardo, loco de amor, se arrojaba en sus brazos comiéndosela á besos...

II

Al día siguiente, Julia se levantó más tem-



prano que de ordinario. Sus grandes ojos soñadores estaban circuidos por un mimbo amoratado; su rostro aparecía pálidamente hermoso, y sus labios tenían el color perlino de las azucenas marchitas.

Bajó al jardín y allí, jugueteando con las flores como una niña enferma, pasó dos horas. Luego se vistió un sencillo traje de vaporosa muselina, y, después de mirarse al espejo muchas veces, salió á la calle y se encaminó á casa de Ricardo Salazar.

III

—Pero, marquesa ¿se ha vuelto loca?

—¡Quién sabe! Acaso tenga usted razón; pero las mujeres tenemos caprichos tan extraños ..

—Pero ¿qué dirá la gente, el mundo elegante, cuando sepa que quiere usted abrazarse al plebeyo arte de la comiquería?

—Deje usted que digan lo que quieran. Con que empezamos la primera lección, señor de Salazar?

—Empecemos, marquesa.

Quedaron silenciosos un momento. Ricardo empezaba á salir del asombro que le había producido la determinación de Julia, y, como hombre conocedor del corazón de la mujer, imaginó que la marquesa se valía de aquel pretexto para llegar á un fin determinado.

—A su disposición dijo Julia.

—Perfectamente. Siéntese usted en ese sofá. Así. Yo, ahora, á su lado como si estuviéramos en una escena de amor. En estas escenas, la actriz debe procurar mostrarse insipirada, cariñosa, dar mucha coquetería á la actitud y mucha expresión al rostro. El actor es un joven ardiente que adora á una mujer y le declara su pasión. Ella le escucha con religiosa atención, con arrobamiento místico. Poco á poco el actor va subiendo el diapason de la voz. Le coje las manos estrechándolas entre las suyas convulsas, y ella las aparta suavemente, cruzándolas, como implorando misericordia. Luego él se levanta, y para dar más fuerza pasional á las palabras, acciona, gesticula, poniéndose una mano en el corazón y extendiendo la otra, como señalando al cielo. La actriz sigue, embelesada, los gestos del actor y le mira de modo que él vaya comprendiendo que el corazón de su amada palpita con cierta violencia... El cambia de posición; ella se levanta, impulsada por la elocuencia de su amante, y poco á poco se van juntando con avaricia, atraídos por el imán de los ojos, hasta que él, en un rasgo de pasión, coge el cuerpo adorable de su querida, estrujándolo entre sus brazos, y llenándole el divino hueco de sus labios con un millón de besos ardientes, acariciadores... mientras que ella, loca de amor, se abandona... se abandona...

—¡Ricardo, Ricardo!—exclamaba la marquesa enagenada;—siga usted la lección, siga usted...

—Si ha terminado ya la escena!

Julia dió un suspiro de amargo desconsuelo y exclamó con voz suplicante:

—¿No podríamos hacer toda la obra de una vez?



J. PASTOR RUBIRA.

Yo dirigía, por aquella fecha, un periódico diario de gran circulación. Era una madrugada de Enero: me hallaba en mi despacho, escribiendo á vuelo pluma la *última hora*: los suelos escaban alfombrados, los cortinajes de las ventanas corridos; en el hogar ardía un buen fuego de tuero y encina; el quinqué con pantalla verde puesto sobre mi mesa de trabajo, proyectaba á su alrededor un cono luminoso; las manecillas de un grave reloj de bronce colocado en la chimenea, bajo un almanaque de pared, marcaban las tres de la madrugada.

La puerta del despacho abrióse lentamente y entró un ordenanza anunciando la llegada de un caballero que deseaba hablar conmigo.

—¿Quién es?— pregunté.

—No sé; no ha querido decir su nombre. Asegura que necesita verle á usted para un asunto urgentísimo y de mucha importancia...

—Está bien; que pase.

Permanecí inmóvil, mirando impaciente á la puerta irritándome contra el desconocido importuno que venía á interrumpir mi trabajo. Luego mi mal humor cesó, trocándose en un sentimiento de curiosidad que había de ir en aumento. El recién llegado era un hombre alto, extraordinariamente delgado, envuelto en un gabán azul. Representaba cuarenta años: tenía la frente grande, el rostro enjuto, la barba canosa y mal cuidada, la nariz aguileña, la mirada de los marinos viejos acostumbrados á interrogar el horizonte...

Saludóme con una leve inclinación de cabeza y sin más ambajes se acercó presentándome una docena de cuartillas.

—Tome usted—dijo,—es un cuento, acaso una historia, que acabo de escribir.

—¡Un cuento!—repetí admirado de que viniesen á ofrecerme á tales horas un retazo de amena literatura.

—Sí—añadió mi interlocutor sin inmutarse,—un cuento precioso, originalísimo, que debe publicarse en el número de mañana.

—¡Usted está loco!—exclamé riendo, más sorprendido que irritado de aquella exigencia;—á hora tan avanzada de la noche los periódicos diarios sólo pueden admitir telegramas y noticias de gran actualidad é interés general.

—Es que mi cuento tiene actualidad...

—En ese caso...

Alargué las manos y cogí las cuartillas que el desconocido continuaba ofreciéndome. Le di aquella contestación ambigua que á nada me comprometía, para que se fuese y quedarme tranquilo. El así lo comprendió, porque repuso:

—¿Cumplirá usted su palabra?...

Y me miraba, registrándome con los ojos el pensamiento. Yo, creyendo realmente habérmelas con un loco, contesté:

—Sí.

—¿Lo jura usted por su fe de caballero?

—Lo juro... siempre que el artículo sea bueno.

—Entonces me voy tranquilo; el artículo es bueno; se publicará...

Dió algunos pasos para marcharse, pero de pronto se detuvo dándose una palmada en la frente como recordando algo muy importante: Mi cuento—dijo,—no está concluido; pero no importa... voy á terminarlo dentro de un momento; falta sólo una cuartilla, la última.. Cuartilla que traerán, caso de que yo no pudiese volver, antes de media hora..

Y sin darme tiempo á contestar, saludó y salió del despacho como una sombra, sin ruido.

—Decididamente—pensé yo,—ese hombre está loco.

No obstante, cogí su artículo y empecé á leer. Era un cuento autobiográfico muy raro, escrito con estilo enérgico y fácil, salpicado de incongruencias deslumbrantes, que esclavizaban la atención del lector.

Lo leí rápidamente, de un tirón.

Se trataba de un viejo libertino que la noche del último día de Diciembre había querido epilogar la historia de sus amores y romper definitivamente con todo su pasado. Para ello colocó sobre la mesa del despacho el baulito en el que desde hacía muchos años guardaba los trofeos que de sus diferentes mujeres iba conquistando: retratos, pelo, guantes, cintas, pañuelos impregnados de viejos perfumes, flores marchitas, restos melancólicos de primaveras remotas, zapatitos de seda que recordaban algún baile de máscaras.. El desenga-



Entonces lo comprendí todo; yo mismo redacté la noticia; aquella cuartilla era la que faltaba.

El hombre raro no me había engañado; su cuento estaba hecho.

nado burlador quería conservar cuanto perteneció á la amada muerta, á la inolvidable, y romper el resto.

De pronto, su mano febril tropezó con la arquilla, ésta cayó al suelo y los recuerdos de todos aquellos viejos amores quedaron confundidos y revueltos en galimatías inextricable.

¿Cómo descubrir entre los numerosos rizos de diferentes cabelleras morenas y rubias, los que pertenecieron á la muy amada? ¿Cómo guardar el pelo de una mujer que no quiso? ¿Cómo tirar al arroyo los cabellos de la que tanto amó?...

Y el burlador sentía la desesperación trágica, desgarradora como un zarpazo, del fanático que ve caer á sus pies y saltar en pedazos una imagen bendita.

«Desde hace tres días—añadía el autor del cuento,—vivo en una incertidumbre cruelísima que trastorna el concierto de mis ideas. ¿Dónde estarán los cabellos de la muerta?... La silueta macabra del suicidio bailotea ante mis ojos y sonríe, mostrándome sobre su semblante de ébano unos dientes muy blancos, unos labios muy rojos, que convidan con el último beso...»

No puede seguir; el regente de la imprenta había entrado en mi despacho pidiéndome original.

—¿Cuántas columnas faltan para completar el número?—pregunté.

—Tres.

—Toma ese cuento y que vayan componiéndolo; no falta más que una cuartilla que irá en seguida...

Permanecí solo, con el ceño fruncido bajo la impresión poderosa de aquellas cuartillas extrañas, recordando el semblante lívido y enjuto de su autor, y sus ojos inmóviles que parecían inspeccionar las cosas lejanas...

Después volví á la realidad, abismándome en el examen prosáico de los telegramas que iban llegando.

Eran las cuatro de la madrugada.

Pasó otra media hora. El regente reapareció pidiendo la última cuartilla del cuento... Me quedé perplejo, no sabiendo qué hacer; el desconocido no había vuelto; la tirada del periódico iba á retrasarse por una tontería...

En aquel momento llegó el *reporter* que venía del Juzgado de guardia con las últimas noticias

—¿Qué hay?—pregunté.

—Poca cosa; un incendio en la calle de... y el suicidio de un caballero.

—¿Un hombre de cuarenta años, alto, delgado, vestido con un gabán azul? ..

—Sí; ¿cómo sabe usted?...

EDUARDO ZAMACOIS



RÁPIDA.— Es inaccesible.

De una parte la coraza que defiende su busto y rodea su talle haciéndola fuerte contra los ataques más rudos, y de otra el arma que empuña con la seguridad de quien sabe esgrimirla, ponen miedo en el ánimo del más audaz antes de acometer semejante fortaleza.

La batalla había de ser ruda antes de obtener la victoria.

Así y todo, al contemplar el *ricтус* enérgico que da valentía á su frente de mujer serena, se le pone á uno la carne de gallina, dicho sea en el buen sentido de la palabra.

Nosé si todo ello será fingido y en el fondo esté deseando que haya quien se decida á lanzarle el reto. De todos modos, y ya que aparece armada de todas armas, yo procuraré averiguar cuál es el punto vulnerable de esa fortaleza.

Y cuando lo sepa á «ciencia cierta», se lo comunicaré á ustedes.

Me han dicho que hay una flor,
de todas la más humilde,
flor que quisiera yo darte,
flor llamada «no me olvides.»

Las pestañas de tus ojos
son más negras que la mora,
y entre pestaña y pestaña
una estrellita se asoma.

Yo no podría sufrir
tantas fatigas y penas,
si no tuviera presente
que la causa ha sido ella.

Dicen que hablo mal de ti,
y esta noticia no es cierta:
si quiero puedo hablar mal,
mas no lo hago por pereza.

A la luz de las estrellas
yo te vi, cara de cielo;
por eso cuando te miro
de las estrellas me acuerdo.

Hay víboras en la tierra,
manchas negras en el sol,
centellas hay en el cielo
y envidia en el corazón.

En la claridad vivía
en medio de tu querer;
á otro pusiste delante
y en la sombra me quedé.

Guárdate del agua mansa
y guárdate de los hombres
que sin conocerse á sí,
á todo el mundo conocen.

Lo que tuve ya se fué,
lo que tengo está perdido;
si lo que espero no llega,
¡pobre de tí, cuerpo mío!

Por Dios, mujer, no te escondas
ni te pongas colorada;
lo que acabo de decirte
es lo que todos te callan.

Los cantares que yo canto
se los regalo á los vientos,
y uno, no más uno solo
guardo hace tiempo en secreto.

Guardo hace tiempo en secreto
para cantárselo á solas
al que me quiera explicar
el por qué de muchas cosas.

¡Adiós!. . de muerte es la herida
que abriste en el pecho mío;
el puñal hiere mejor
cuanto más brillante y fino.

¡No me quieres dar un beso,
y me das el corazón
como si valiera menos!

Eres de lo ajeno avara
y pródiga de lo tuyo,
cosas que no se comprenden
porque son cosas del mundo.

Caminando hacia la muerte
me encontré con tu querer,
y por morir más á gusto
seguí el camino con él.

Las estrellas que en el cielo
brillan con gran claridad,
¡cuántas noches de fatigas
las he querido contar!

Las he querido contar
sin llegarlo á conseguir;
que tengo los ojos mal
de llorar y de reir.

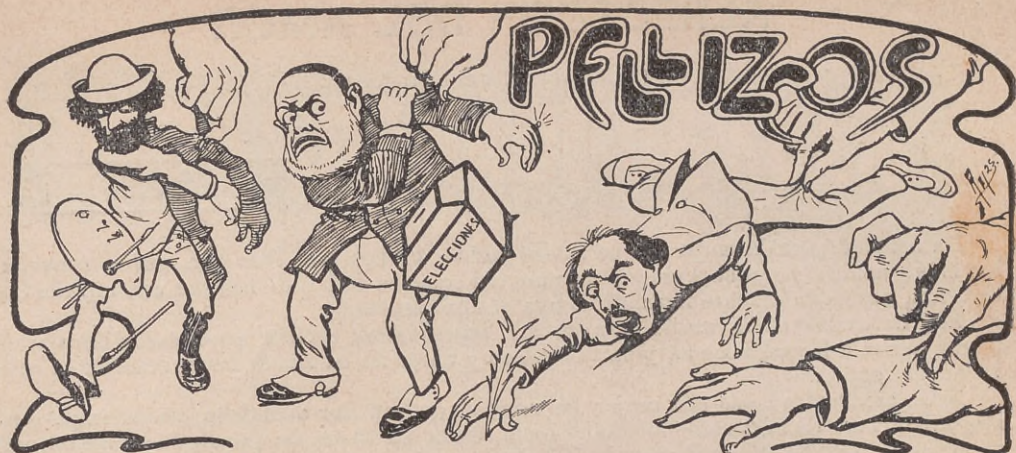
AUGUSTO FERRAN



EL QUE LA SIGUE...

Historieta muda





La literatura periodística se halla á la misma altura á que ponía cierto amigo nuestro la de los poetas modernistas: á la de un sótano.

Los chicos de la prensa, á lo menos de la prensa española, no han despuntado nunca, dicho sea sin ofender á nadie, por su cultura, ni por su elegancia en el bien decir, ni siquiera por su parquedad al hablar de lo que no entienden, es decir, de todo lo que hablan. Pero hoy van de mal en peor.

Véase la clase:

Leemos en un periódico de la mañana:

«En la plaza de Porcuna (Córdoba) se reunieron más de 400 obreros pidiendo trabajo.»

La causa de que Porcuna pertenezca á la provincia de Jaén, y no á la de Córdoba como dice el redactor de ese diario, *se pierde en la noche de los tiempos*, y sin duda por esto, el periodista en cuestión no se ha molestado, imitando á los filósofos prácticos, en investigar esa causa ni menos en conocer sus efectos.

Pero vaya usted á hablar de geografía á un periodista, siquiera ese periodista sea redactor de el periódico de que se trata.

Pasemos á otro periódico cualquiera: *El Diluvio*, y para no caernos de espaldas, recordemos una frase de Serrano de la Pedrosa, hecha con la gracia y la intención que caracteriza á este escritor.

«Désele á un reporter lo primero que necesita para escribir: zapatos.»

Y el reporter de *El Diluvio* toma sus zapatos, se los coloca en los pies (algo habrían de hacer bien los periodistas) y escribe, con los pies ya calzados, acto seguido:

«Ayer otro desdichado, apelando á idéntico procedimiento, consiguió poner fin á sus días, inducido, según rumores, por *el desespero* que le produjo el haberse quedado hace pocos días sin trabajo.»

El desespero le produjo el haberse quedado sin trabajo.

El desespero le indujo á poner fin á sus días.

Ese *desespero* debe ser una cosa así como la *mala pata* de que hablan los andaluces. Esto es lo que debe ser, á juicio del periodista (puestos á dar démoslo todo, hasta el juicio); para el resto de los mortales, *el desespero* en cuestión es una barbaridad que desespera de hacer que aprendan á hablar los encargados de contar al respetable público todo lo que menos le importa.

* * *

Barcelona continúa en sus cimientos por un verdadero milagro.

Las aguerridas huestes de don Carlos estuvieron á punto, hace pocos días, de producir un verdadero cataclismo. Gracias á que, según dice un periódico, el padre de uno de los generales dió parte al gobernador y nuestra providencia civil evitó *oportunamente* la catástrofe.

El mismo periódico al referir los arrestos con que se lanzaban á la pelea los feroces enemigos de nuestra sabia constitución, dice entre otras cosas:

«¿Armas? No había; pero muy cerca del *lecho* existe una casilla de guardas de Consumos, donde seguramente no faltarían de todas clases.»

¡Claro! Estando cerca del *lecho* ¿cómo no armarse fácilmente?

Bueno es para estas cosas el sultán de Venecia.

ALREDEDOR DEL AMOR

(ANÉCDOTAS Y CURIOSIDADES)

Actitud

La *actitud* es en la mujer lo que la *aptitud* en el hombre. Por ella puede conseguir las más grandes conquistas amorosas, pues así como es difícil de resistir una mirada bien dirigida, es absolutamente irresistible una actitud acertada.

Las actitudes en la mujer han de ser espontáneas, fáciles, graciosas, discretas sin llegar nunca á la gazmoñería, y su verdadero y único fin ha de ser hacer resaltar la belleza de las formas.

Nada tan bonito como una mujer en actitud de soñador abandono; nada tampoco tan sugestivo como verla dormir, medio desnuda, en la confianza de que algún ser amigo vela su sueño y la contempla embebecido, sin osar tocarla por miedo á romper el encanto que emana de su hermoso cuerpo, yacente en risueña actitud.

Es preciso tener el alma tan envenenada como la tenía Otelo para ver á Desdémón dormida y tener el trágico valor de estrujar entre las manos su cuello alabastrino, arrebatando la vida á tan perfecta criatura.

Las mujeres saben que la actitud puede influir mucho en una conquista de amor, y, sin querer estudiarlas, las estudian, y, sin darse cuenta de ello, se colocan en la posición que más agrada al hombre de sus sueños ó en aquella que da mayor realce á sus encantos.

El hombre ha de ser discreto y grave en sus actitudes; la mujer puede tocar los límites del abandono y de la seducción. En realidad, la actitud no es más que un modo de seducir, quizás más completo que la palabra, porque el encanto que ésta produce llega al espíritu antes que á los sentidos, mientras que aquel nos domina de pies á cabeza, nos produce el vértigo de los grandes arrobamientos, nos lleva, en fin, al paraíso de la felicidad amorosa.

El hombre ante la mujer debe mostrarse afectuoso y discreto; la mujer ante el hombre, deseable y llena de promesas. Al fin es toda ella una promesa de suprema felicidad.

¡Feliz de aquel que consigue realizarla!

Para perfumar la casa

Siendo la casa de una mujer bonita algo así como el templo en que su belleza se guarda y se venera con el más íntimo de los fervores, parécenos muy oportuno indicar la conveniencia de tenerla siempre exquisitamente perfumada.

Para ello es bastante quemar en una copa varias pastillas compuestas de los ingredientes que á continuación se citan.

Benjuí, 60 gramos; bálsamo de Tolú, 8 gramos; landacio, 4 gramos; sándalo, 15 gramos; carbón de álamo, 190 gramos; nitro, 3 gramos.

Se mezcla todo esto y se hace con ellos una pasta que luego se divide en pedacitos de forma cónica que tengan 25 milímetros de altura por 15 de anchura. Se les seca á una temperatura moderada, y una vez hecho esto y ya en disposición de servir, se les prende fuego con una cerilla. La pastilla arde lentamente y el humo que despiden es suficiente para perfumar una habitación de regulares dimensiones.

La mujer cuidadosa y elegante debe perfumar su alcoba, el armario de luna, las cajas de guantes, las cajas de puntillas y adornos, las alhajas, los almohadones de las sillas y divanes, las sábanas, las cortinas, las alfombras.

Para ello bastará un pulverizador cargado de esencia de heno, jazmín y tuberosa.

Para el interior del armario de luna y todo su interesante contenido deben usarse saquitos de iris y trozos de guatas perfumadas.

OBRAS DE PAUL DE KOCK

TOMOS PUBLICADOS A 50 CENTS.

El señor Dupont.
Marido sin mujer.
Una barbiana.
El cornudo.
El amor por las calles.
El hijo de mi mujer.
La hermana Ana.
La señora de Pantalón.
La inocente Virginia.
La Duquesita.
Los milagros del amor.
Rosita y Rosina.
Taquinot el jorobado.
La rival de su hija.
La pérfida Fanny.
Georgina.
Gustavo el calavera.
Andrés el Saboyano.
Un marido infiel.
A lo que obliga un desliz.
La señorita del piso quinto.
La señora de Cucurucho.
La querida del Coronel.
La hija adulterina.
El demonio de la alcoba.
Un aspirante a marido.
Los hijos del boulevard.
Isidoro el expósito.
Jacobó el perverso.
Las ligas de la desposada.
Una casa de vecindad.

Un racimo de grosella.
La explotadora de amantes.
La joven de los tres corsés.
La lechera de Montfermeil.
La familia Gogo.
Las mujeres, el vino y el juego.
La casa blanca.
La mujer, el marido y el amante.
La joven de las tres enaguas.
Las travesuras de Frasquita.
Un marido en busca de su mujer.
El hombre de los tres calzones.
Ni viuda, ni casada, ni soltera.
La boda de maese Pescozones.
El amor que pasa y el amor que viene.
Conquistas de un joven cándido.
La senda de los ciruelos.
La sonámbula.
El muchacho de la esquina.
El hombre ineulto.
La linda Margarita.
El tesoro escondido.
Una mujer de tres caras.
Papá suegro.



OBRAS DE EDUARDO ZAMACOIS



A 4 reales en rústica y 6 encuadernadas.

De carne y hueso.
Punto-Negro.
Loca de Amor.
El Seductor.
Duelo á muerte.
Impresiones de Arte.

Incesto.
Memorias de una cortesana.
(Un tomo gran tamaño: 2 pesetas)
La enferma.
De mi vida.

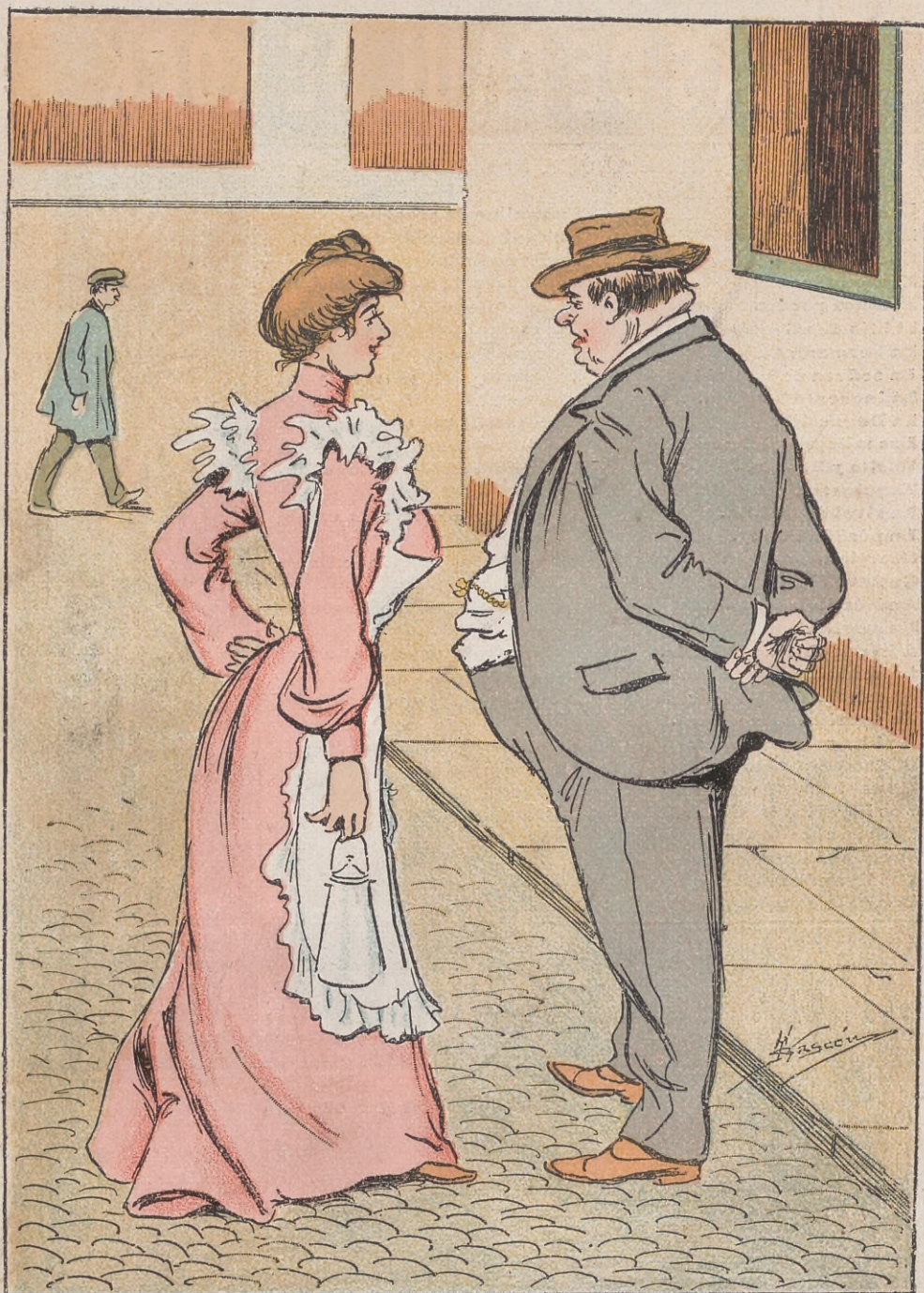
Á 50 CÉNTIMOS

Horas crueles.
La Quimera.
Bodas trágicas.
Amar á obscuras.

El Lacayo.
Noche de Bodas.
La Estatua.

DE VENTA EN TODAS LAS LIBRERÍAS DE ESPAÑA Y AMÉRICA

MADRILENERIAS



—¿Cuándo nos casamos Nicanora?
—Está usted muy gordo, señor Paco.

—También mi bolsillo está muy gordo..
—Claro; usted todo lo tendrá al repesive.